

pensar que aquí no se respeta ya ni la *Biblia*.»

¡Adiós, ingenioso!

Y para terminar yo también, le voy á dar á usted un par de consejos. Tómelos usted, que no le irá mal con ellos.

No se haga usted tan personaje, porque no es para tanto, tanto; y no vuelva usted á escribir en periódicos... por lo menos hasta que usted aprenda á hacerlo bien, ó siquiera regularmente.

IV

UNAMUNADAS

I

Uno de esos pobres muchachos americanos que, encontrándose con demasiado dinero, se vienen á París á gastarlo en vicios, y cuentan luego al público minuciosamente sus feos y marraniles andanzas en un libro impreso con lujo, ha tenido, además de éstas, otra idea infeliz: la de pedir para su libro un prólogo al inverosímil Rector de Salamanca.

Y, es claro... ¡cualquier día deja escapar un librepensador así, soberbio y petulante, la ocasión de exhibirse!... El señor Unamuno ha accedido á la solicitud del muchacho rico, y le ha escrito el prólogo, despotricando en él fieramente, según su costumbre, contra todo lo que le incomoda, desde la existencia del alma hasta el idioma castellano.

El es así. Lo que no entiende, lo que des-

conoce, lo niega, y marcha tan sereno voceando que no existe.

O que debe desaparecer, como dijo poco hace del vascuence, sin duda porque no ha podido llegar á dominarle, ni puede tampoco sufrir que haya alguna cosa en que esté á mayor altura que él un *guizón* de Mañaria.

Y una cosa así le pasa también con el castellano, objeto igualmente de su aborrecimiento.

Sabido es que nuestro idioma, que es, de entre los modernos, el más hermoso y el más claro, es por eso mismo tan poco difícil de aprender que muchos extranjeros, á los dos ó tres meses de estar en España le hablan regularmente. Pero con ser tan fácil y sencillo aprender el castellano, á lo menos lo que se necesita para hablarle llanamente y hacerse entender, Unamuno parece que no ha podido llegar á eso, y el hombre se irrita contra el idioma que ciertamente no tiene la culpa de su falta de habilidad, y dice á cada paso, y en el prólogo aludido vuelve á repetir, que el actual castellano es deficiente, que hay que reformarle ó hay que sustituirle con otro más amplio, con un *super-castellano*, sin exclusivismos (ni sintaxis, por supuesto), donde quepan todos los galicismos y todas las barbaridades que se les ocurran á los necios que no saben expresarse de otro modo.

Porque el castellano sin *super*, tal como le

hablamos y le escribimos ahora, diz que no es suficiente, no sirve para las necesidades de la vida moderna.

—¿Que no sirve el actual castellano para las necesidades de la vida?—dirá cualquier lector al tropezar con ese disparate...—El que no servirá será Unamuno para hablarle y escribirle.

Es verdad.

Y el caso no es nuevo. Cualquiera se ha encontrado alguna vez con un labrante malo, que, no acertando á escuadrar y limpiar una piedra, echa pestes contra los punteros y las ñetas ó maldice el trinchante y la escoda, aun cuando todas estas herramientas sean de buen acero y de temple inmejorable...

Vean ustedes ahora cómo labra su prólogo Unamuno:

«Cuando acabé de leer el manuscrito de esta obra *fuíme* á contemplar *campo abierto al cielo...*»

¿Verdad que esto ya no está á escuadra ni se sabe si va á ser jamba ó esquina?...

¡Cualquiera entiende lo quiere decir eso de «*fuíme* á contemplar campo abierto al cielo!»

Ni se sabe si quiere decir que el campo estaba abierto al cielo, ó que se fué al cielo á contemplar campo abierto... Aunque esto de ir al cielo Unamuno parece imposible...

Y les advierto á ustedes que leyendo un poco más se entiende menos todavía.

Porque dice:

«...fuíme á contemplar campo abierto al cielo, y por la luz de éste bañado...»

¿De cuál bañado?...

Bien que lo mismo da que sea el que quiera, porque, de todos modos, ha de oler mal... Siendo bañado... sustantivo...

Y sustantivo, si no lo es, lo parece, por la pedantería de Unamuno de invertir el régimen anteponiendo inmediatamente al bañado el pronombre del mismo género...

«...y por la luz de éste bañado...»

¡Como si dieran luz los bacines!

Pero vamos á copiar el párrafo entero, para que admiren ustedes la hermosura del futuro *super-castellano*.

«Cuando acabé de leer el manuscrito de esta obra *fuíme* á contemplar campo abierto al cielo; y por la luz de éste bañado, paisaje libre, la llanura castellana austera y grave (¿van ustedes entendiendo algo?) amarilla en este tiempo por el *rastrojo* del *recién segado trigo*.»

¿Que no lo entienden ustedes todavía?

Pues ya no hay más. El punto está completo.

«Fuíme á contemplar campo abierto al cielo, y por la luz de *éste bañado*, paisaje libre, la llanura castellana austera y grave, amarilla en este tiempo por el *rastrojo* del *recién segado trigo*.»

¡Y el autor de este galimatías, de este batu-

rillo asqueroso, es el que encuentra deficiente el castellano de Solís, de Zorrilla, de Donoso Cortés y de Pereda, para las necesidades de la vida!

¡Yo lo creo! si el castellano fuera eso que él escribe, ¿cómo no encontrarle deficiente?

Deficientísimo, á lo menos para la necesidad principal, que es la de entenderse...

Pero no para todas las necesidades de la vida, porque ya ha tenido presente el autor alguna de las más ordinarias, y por eso, sin duda, introdujo aquel chisme.

Otro punto:

«Era que me sentía mareado y oprimido: habíanme *dejado* los *Paisajes parisienses*, de Manuel Ugarte, cierto *dejo* de tristeza, de confinamiento de aire espeso de cerrado recinto.»

Habíanme *dejado* cierto *dejo*... y así sucesivamente.

Después dice que el título de *Paisajes parisienses* «es ya de suyo paradójico».

Pero en cuanto escribe, bastante mal, otra docena escasa de renglones, cambia de opinión y viene á decir que no es paradójico, porque...

«Ciudad, portentosa ciudad,
no de siete, como Tebas,
sino de infinitas puertas
de hinchidas viviendas
de enhiestas torres berroqueñas,
de vastas catedrales en que sostienen bóveda
de follaje columnas vivas, ciudad es lo que lla-

mamos naturaleza, y á su vez *selvática selva, selva* (¡vaya una de selvas!) de savia rebosante es cada ciudad.»

Las preinsertas razones, aun expuestas así en versos involuntarios y medio libres, no son para convencer á nadie. Pero el autor cree que han debido convencer á todo el mundo y termina el párrafo con esta sentencia:

«Puede, pues, hablarse de paisajes parisienses.»

Dijolo Blas...

Pero no hay que hacer punto redondo.

Continuando su prólogo de los *Paisajes parisienses*, dice Unamuno, el del *super-castellano*:

«Porque hay dos maneras de traducir artísticamente el paisaje en literatura. Es la una describirlo... con sus pelos y señales *todas...*»

Hombre, se dice *todos*.

Cuando un adjetivo ha de afectar á dos sustantivos, uno masculino y otro femenino, se le pone siempre en la forma correspondiente al género masculino, que es el más noble. «Pedro y su mujer son muy buenos», se dice; no se dice muy *buenas*.

Esto lo saben los rapaces de la escuela de cualquier lugarucho; pero, por lo visto, no lo sabe el Rector de la Universidad de Salamanca.

Por eso quiere él que desaparezca el castellano actual, con su gramática y sintaxis, y

que sea reemplazado por otro idioma de capricho, sin regla ninguna.

Porque realmente resulta un poco bochornoso que un catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras, y además Rector de una Universidad, y de la de Salamanca precisamente, no sepa de gramática castellana ni siquiera aquellos rudimentos que no ignoran los más ínfimos escolantes.

¿Le sonaba mal á Unamuno el adjetivo *todos* inmediato al sustantivo *señales*? Verdad es que no suena bien; mas para estos casos es el buen gusto, de que él carece: para dar otro giro á la frase. Hubiera antepuesto el adjetivo diciendo: «con todos sus pelos y señales», que es frase castiza, y sonaría perfectamente.

Pero repetir el modo de expresión usual y castizo no se lo permitiría su ignorancia, pues no le conocerá probablemente; y si le conoce, no se lo consentiría su soberbia, que es de marca mayor, porque apenas hay ningún ignorante que no sea soberbio y presuntuoso.

Sigue el inverosímil Rector haciendo períodos difíciles, trabajosos y oscuros, hasta que llega á hablar de la bohemia, y dice:

«Confieso que es un mundo al que no han logrado llevarme la atención, *ni que logra vencerme.*»

¡Qué manera de construir!... ¿Dónde, en qué autor habrá aprendido Unamuno á expresarse de esa manera?... ¿Si será ya esa construcción

revesada y risible un anticipo del *supercastellano*?...

¡Ni que logra convencerme!

Cualquier criada salamanquina hubiera dicho sencillamente, puesta en igual caso, «ni logra convencerme». Ó, si quería con todo rigor gramatical reproducir el relativo en nominativo, diría: «y que no logra convencerme».

Pero el actual Rector de la Universidad de Salamanca, donde no llegó á tanto Fray Luis de León, que sólo fué catedrático, no acierta con ninguna de las dos formas admisibles que seguramente hubiera empleado la criada, y reproduce el relativo detrás de la negación, con lo cual le resulta una construcción *gringa*, ininteligible.

Más adelante habla del malaventurado autor del libraco, y dice:

«Es para mí la suya una voz más, una voz más (otra vez) de esta juventud *inorientada*, mejor aún que *desorientada*, *occidentada* más bien...»

Como usted quiera, aunque sea *accidentada*; que no dejará de estarlo á menudo la que tenga que oír sus explicaciones. Pero crea usted que ese parrafillo también le puede usted guardar para cuando logre establecer su nuevo idioma; pues, como castellano, es de lo más ruin que se escribe.

Sigue Unamuno hablando del atolondrado autor del librejo, y nos espeta lo siguiente:

«Uno más á la pelea por la sombra de la inmortalidad, *ya que perdimos la fe en su culto* (la habrá perdido usted), por la perdurabilidad del nombre, del *flectus vocis*, ya que *no creemos en la sustancialidad del alma*.»

¿Qué dirá, leyendo esto, el diputado católico que le recomendó á un tribunal de oposiciones?

«¡No creemos en la sustancialidad del alma!»

No creerá usted, infeliz; pero los demás sí creemos. Y eso de empeñarse usted en medir á los otros por sí mismo, me parece una majadería.

Si usted no quiere creer que tiene alma racional, creada por Dios, inmortal y responsable de sus actos ante su mismo Creador omnipotente, no lo crea usted: allá lo verá con el tiempo. Si usted quiere más parecerse á los animales del establo que á los ángeles del cielo..., allá usted, y con su pan se lo coma y buen provecho le haga. Pero no se empeñe usted en que los demás nos conformemos con sus aficiones rocinescas.

¿Piensa usted, en su vizcaína... insipiencia, que todos hemos abdicado en usted la facultad de creer y de pensar...?

Diga usted si se lo pide el cuerpo: «yo ya no creo en la sustancialidad del alma», y... lo sentiremos por usted; pero no diga usted: «ya no creemos en la sustancialidad del alma», igual que si todos los hombres hubiéramos dejado de creer como un solo... Unamuno.

¡Pero qué presumidos y qué tontos suelen ser estos librepensadores!

Porque recuerdo que, lo mismo que hace ahora este vizcaíno, hacía otro de Buenos-Aires, un tal Martinto, estropeador de la gramática y de la poética, que blasfemaba hace unos años contra Jesucristo, nuestro Redentor, encarándose brutalmente con él y diciéndole en un soneto pedestre:

«Como todos los dioses sucumbiste...»

.....

Por cierto que la... salida de aquel Martinto, muy parecida á la de este Unamuno, me hizo entonces recordar el caso del zapatero remen dón, que se marchaba de la Corte porque de puro mal que cosía no encontraba quien le diera trabajo, y decía entre orgulloso y compasivo al bajar por la Cuesta de la Vega:

—¡Adiós, Madrid, que te quedas sin gente!
Lo mismo hacen estos infelices.

Han dejado ellos de creer en Dios y en su Iglesia santa, por causas que son bien conocidas, y se figuran buenamente que todo el mundo ha hecho lo mismo, y que ya Dios se ha quedado sin adoradores.

Precisamente á los pocos años de publicada aquella blasfemia de Martinto era puesta triunfalmente la imagen de Cristo en lo alto de la Cordillera de los Andes á la adoración de todo el nuevo mundo y de ambos océanos, como

para que se cumpliera lo afirmado por el Rey profeta: *dominabitur á mari usque ad mare* (1). «Dominará de un mar al otro.»

¡Pobres insensatos! Vienen echándose las de sabios porque no creen en Dios, cuando precisamente su incredulidad es testimonio de su ignorancia.

«La poca ciencia aparta de Dios, decía Bacon, así como la mucha ciencia conduce á El»; y la experiencia viene comprobando esta máxima, sin que quiebre por el lado de Unamuno. Esa es la clave que explica la mayor parte de los descreimientos: la poca ciencia, que suele andar unida á la mucha soberbia.

Sí; la poca ciencia aparta de Dios, y además de apartar de Dios, en estos muy desventurados tiempos, conduce... al rectorado de Salamanca.

II

Hecha ya su profesión de ateo materialista, que es lo primero que cuida de hacer Unamuno cuando habla ó escribe, y es natural, puesto que el ateísmo es su única cualidad saliente, y á la que debe el haber llegado á Rector, la emprende contra el castellano, con el ímpetu de costumbre.

(1) PSALMO LXXI, 8.

¡Claro!... ¿Cómo no ha de aborrecer la hermosa lengua de Santa Teresa de Jesús y de Antonio de Solís, quien recoge con fruición apenas disimulada los siguientes disparates del libro para el que escribe el prólogo?

«Aquí leeréis—dice Unamuno—*masticar besos, espolear carcajadas, cascabelear una alegría delirante, bailar alegrías con los labios...*» en fin, el *disloque*, como se dice en la calle de la Arganzuela, al redor de la Fuentecilla.

Y todas esas frases ridículas encuentra buenas Unamuno. Solamente le parece *algo* forzada la que, refiriéndose á un reló, dice que «desgranaba lentamente los minutos».

Esta frase majadera no le parece más que *algo* forzada. Con un gusto así, ¿cómo le ha de gustar el castellano corriente robusto y majestuoso al par que sencillo?

«El lenguaje—dice luego el Rector dándose tono—el lenguaje... esto exigiría un tratado.»

¿Y quién le había de escribir?... Porque lo que es el prologuista resulta del todo incompetente para ello... ¡Tendría que ver un tratado de Unamuno sobre el lenguaje! ¡Tendría que ver un tratado del lenguaje hecho por quien desconoce hasta las reglas más triviales de la gramatical

Lo primero que necesita el pobre Rector de Salamanca para hablar del lenguaje, es ponerse tres ó cuatro meses á disposición de un maestro de escuela elemental ó mixta, ó apren-

derse por sí el Compendio de Gramática castellana, de Terradillos, para enterarse de los primeros rudimentos.

Y después... tampoco podrá todavía disertar sobre el lenguaje.

Ó, si diserta, dirá desatinos como ahora.

Verbigracia:

«Lo he dicho muchas veces...»

Sí, ya lo sabemos; pero siempre ha dicho usted mal, y por muchas veces que lo haya usted dicho y que lo siga diciendo, no se ha de salir con la suya...

«Lo he dicho muchas veces, hay que hacer el español, la lengua hispano-americana...»

Ya está hecha esa lengua, perfecta y hermosa, desde hace cuatro siglos; lo que hay es que usted no la sabe.

«... hay que hacer el español, la lengua hispano-americana, sobre el castellano, su núcleo germinal, *aunque sea menester* para conseguirlo *retorcer y desarticular el castellano.*»

¡Eso le manden á usted!...

Porque eso es lo único que usted sabe hacer: desarticular y torcer el idioma siempre que habla ó escribe.

Por eso quizá pide usted la tortura y desarticulación del castellano, para poder desempeñar algún papel en la lingüística.

Fuera de eso, ni con el retorcimiento ni con la desarticulación adelantaría usted nada. ¿Cree usted que después de retorcido y des-

articulado el castellano le dominaría usted completamente?... Tampoco.

Usted no puede expresarse bien en ninguna lengua; porque la deficiencia no está en ellas; está en su entendimiento.

Otro golpe unamunil:

«Me parece ridículo el monopolio que los castellanos de Castilla y países asimilados quieren ejercer sobre la lengua literaria, como si fuera un feudo de heredad.»

No hay tal monopolio ni intento de ejercerle. Bien al contrario, lo que los castellanos desean es que su lengua se extienda y se hable bien por todas partes.

Eso que Unamuno llama monopolio, confundiendo como siempre las cosas, será tutela, y ésta no tiene nada de ridículo; porque no lo es, sino muy racional, que los leoneses y castellanos que hablan bien su idioma, le defiendan contra las invasiones de los bárbaros.

Lo verdaderamente ridículo es odiar el castellano, ó el vascuence ó cualquier otra lengua, sin otro motivo que el no saber hablarla.

Y sigue disparatando á sus anchuras el Rector, de esta manera:

«Ni la anarquía lingüística debe asustarnos...»

¡Claro que no, hombre, claro que no! Ni la anarquía lingüística, ni ninguna otra. ¿Qué mejor cosa que la anarquía?... Proclamado el libre-pensamiento, que es la anarquía intelec-

tual, toda anarquía se impone. Y todavía mejor, proclamada la no existencia del pensamiento, consecuencia forzosa de la no existencia del alma, se impone el caos, dentro del cual ya el saber y el no saber no se distinguen.

«¡Ni la anarquía lingüística debe asustarnos!»

¡Y esto lo dice un catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras, á quien el Estado español paga un buen sueldo para que enseñe lenguas, y á quien un Gobierno conservador y regenerador elevó á la función de regir uno de los primeros centros docentes!

¡Qué desdicha!

El Rector de la Universidad de Salamanca proclama la anarquía lingüística, sin duda para que los hombres lleguen al estado de los lobos, que cada uno aulla como acierta.

Y sigue el Rector *filosofando*:

«Cada cual procurará que le entiendan, por la cuenta que le tiene.»

Lo procurará, pero no lo conseguirá.

¿Quién le ha de entender al Rector de Salamanca, por ejemplo, cuando en vez de decir: «no logra convencerme», dice: *ni que logra convencerme?*

¿Quién le ha de entender cuando dice aquello de «fuíme á contemplar campo abierto al cielo, y por la luz de este bañado, paisaje libre, la llanura, etc...?»

Cuando este anim-oso Rector hubiera con-

cluido de retorcer y desarticular el castellano y hubiera llegado á la anarquía lingüística, su ideal, si continuaba viviendo en Salamanca, tendría que pedir de comer por señas, como os salvajes.

Y continúa:

«Roto el respeto á la autoridad de una gramática autoritaria y casuística...»

Eso se lo parece á usted porque no la entiende. Lo demás, la gramática castellana es racional, filosófica, científica...

Ahora que, naturalmente, á un igorrote que jamás hubiera oído música, también le parecerían caprichosas, autoritarias y casuísticas las notas de una sinfonía de Beethoven.

«Roto el respeto á la autoridad de una gramática autoritaria y casuística á la vez, cada cual verterá sus ideas á la buena de Dios (¡ah! pero no dice usted que no le hay?) según la gramática natural y en el lenguaje *que más á boca le venga...*»

¡Cuánto desatino, señor, cuánto desatino!

¡La gramática natural!... ¿Que entenderá Unamuno por *gramática natural*?... La gramática natural es el aullido, ó el bramido, según los casos.

Cada cual verterá sus ideas á la buena de Dios... en el lenguaje *que más á boca le venga...*»

Pero... hombre, si la *buena de Dios* de usted no es la misma *buena de Dios* de sus ve-

cinos, que no le será, porque si fuera una misma la *buena de Dios* de usted y de ellos, esa *buena de Dios* ya sería una lengua; si la *buena de Dios* de usted, repito, no es la de los vecinos, cuando usted vierta sus ideas á la *buena de Dios*, es decir, á su capricho, no le entenderán á usted ni una palabra. Y si el lenguaje que *más á boca* le venga á usted no es el que más á boca les viene á los vecinos, tampoco se entenderán ustedes.

De modo que «roto el respeto á la autoridad de una gramática», se sigue una confusión espantosa.

Para la cual el remedio que se le ocurre á Unamuno es que «todas las divergencias que surjan entrarán en lucha y serán eliminadas ó seleccionadas estas ó las otras...»

Es decir, que eliminando, introduciendo ó descartando formas á puñetazo limpio, llegaría con el tiempo á formarse otra lengua, y ésta sí que sería verdaderamente casuística, é irracional y caprichosa, después de pasar los hombres unos cuantos siglos sin entenderse.

¡Vaya un regalo que nos quiere hacer el tal Unamuno!

No, no; desengañese usted... El que usted no sepa el castellano, no es bastante motivo para que consintamos en deshacerle y hacer otro nuevo.

Mejor es que usted trate de aprenderle.

Ya se lo he dicho á usted. Unos meses de

maestro elemental, ó de Terradillos... y aplicándose...

No llegará usted á ser un buen hablista, eso no; porque *quod natura non dat, Salmantica non praestat*; pero llegará usted á saber algo, y no dirá usted, por ejemplo: «El criterio en cuestiones estas de estilo». Porque no se dice así, sino «en estas cuestiones de estilo», ó «en las cuestiones estas de estilo».

Sólo después de mucho estudiar y de mucho leer con humildad libros y periódicos bien escritos, podrá usted hablar y escribir medianamente; pero nunca podrá, sin hacer reír á todo el mundo, decir lo que ahora dice con presunción necia.

«Una de las más fecundas tareas que á los escritores en lengua castellana se nos abren...»

Hasta los gatos quieren zapatos.

Esto hace recordar aquello de la cocinera del canónigo, que por haberlo oído á su amo, decía: «El *posse* no lo *negamos* los teólogos».

¡Se nos abren!...

¡Qué se le han de abrir á usted!

A usted se le abrieron las puertas del Instituto, y después de la Universidad, y después las del Rectorado... ya se sabe cómo.

Las primeras por la indiscreta misericordia de un diputado católico que le recomendó á usted para que un tribunal de oposiciones le diera una cátedra de griego (lengua de que no sabía usted una palabra), conociéndole ya á

usted bastante, pero fiado en que, *aun siendo de malas ideas, en una cátedra de griego poco daño podía hacer* (histórico). Las segundas por otra recomendación semejante; y las terceras por obra de la masonería, que en cuanto usted leyó un discurso ateo en la apertura del curso académico, aprovechó la influencia que tenía sobre el Gobierno (que era conservador) para hacerle á usted Rector, con universal escándalo.

Pero tareas de escritor en lengua castellana ¡qué se le han de abrir á usted, hombre!

Usted no es ni será nunca escritor en lengua castellana.

Conténtese usted con serlo en *anarquía lingüística*.